

LAS DOBLES CICATRICES

Valentín Pérez Venzalá

minobitia

LAS DOBLES CICATRICES

VALENTÍN PÉREZ VENZALÁ

2025

minobitia
narrativas

I

SIEMPRE hay movimiento en esta zona de Madrid. La luz del amanecer, que empezaba a recorrer las calles, iluminaba levemente por igual tanto a los rezagados del ocio nocturno como a los empleados que se incorporaban a sus oficinas; lo mismo a los trabajadores que cerraban los sitios de copas que a los que descargaban mercancía para los locales más tranquilos que tomaban el relevo. Una zona siempre viva, reflejo en miniatura de lo que es una gran ciudad entrando ya en el segundo tercio del siglo XXI, donde junto a grandes almacenes y tiendas de moda se sitúan consultas de abogados, médicos y notarios y en la que el edificio de la clínica Renacer, especializada en fertilidad, impone su perfecta geometría blanca.

Realmente, nadie lo vio caer, aunque el grito de la mujer pudo parecer anterior al golpe del cuerpo sobre la acera. Solo oyeron el sonido frío y seco y vieron ya el cuerpo sin vida sobre los adoquines. Desde qué altura había caído era difícil saberlo. La clínica ocupaba las catorce plantas de aquel edificio y nada permitía adivinar el origen de aquella caída.

La mayoría se acercó al cadáver, otros prefirieron apresurar el paso y alejarse, algunos volvieron la vista para no ver el cuerpo deshecho y la sangre que ya lo rodeaba avanzando lentamente como el mar en la arena. Siempre hay alguien que reacciona antes que los demás y piensa en llamar... ¿a una ambulancia? Estaban a las puertas de la clínica, de la que ya salían algunas personas vestidas con batas blancas, médicos o enfermeros. Pero tampoco era necesario haber cursado una especialidad médica para saber que estaba muerto y que la ciencia ya poco podía hacer por él. Los guardias de seguridad de la clínica empezaron también a cumplir el que suponían era su papel: rodear el cadáver y apartar a la gente hasta que llegara la policía con sus cintas para cortar el paso a los dos lados de la calle.

En las zonas económicas y comerciales de la ciudad, siempre pasan cosas, siempre puedes cruzarte con un famoso o descubrir un nuevo sitio estupendo, pero un cadáver sobre la acera no era precisamente lo más habitual a esas horas de la mañana.

Las motas de polvo flotaban en el aire, apenas perceptibles, salvo en el haz de luz que entraba por el ventanal y se estrellaba contra el suelo de tarima. En un noveno piso, la luz era intensa a primera hora de la mañana y la sala brillaba como tocada por una varita mágica.

Se entretenía en romper la columna de luz para ver cómo las motas de polvo, igual que moscas asustadas, se esparcían

en todas direcciones y al poco tiempo recuperaban su ritmo lento y volvían a flotar con la misma parsimonia. Cambiaba entonces sobre la mesa la posición del material que le habían entregado: libreta, bolígrafos, agenda electrónica..., y volvía de nuevo a romper el haz de luz con el bolígrafo para ver a las motas de polvo huir como si realmente advirtieran un peligro.

Había elegido precisamente la mesa que estaba junto a la ventana porque le habían dicho que las otras tres también estaban libres. Solo estaba ocupada la mesa tras la mampara de cristal esmerilado que, supuso, era la que ocupaba el inspector. Tuvo la tentación de asomarse a ese cubículo a través de la puerta abierta, pero el miedo a que él llegara en ese momento lo mantenía atado a su silla, esperando.

La pantalla del ordenador seguía impertérrita mostrando el escudo de la Brigada y la petición de usuario y contraseña. Había introducido su tarjeta en el lector, pero aun así el sistema pedía una validación adicional que no le habían facilitado. En los documentos que tenía —copias de los que había firmado y dejado en administración— nada constaba al respecto. Suponía que debía esperar a que llegara su jefe, que le explicaría cómo funcionaba todo. Pero eran más de las ocho y media de la mañana y allí estaba, completamente solo, observando las motas de polvo pelearse en sus azarosas trayectorias, seguramente impredecibles, incluso científicamente, y cambiando de sitio la libreta, la agenda, los bolígrafos. Pero allí estaba, por fin.

Casi no se lo creía. Cuando se había levantado por la mañana, después de apenas haber dormido unas horas, por un

momento pensó que seguía siendo un sueño. Pero no, ya estaba en la Brigada. Tantos años de estudio, las duras oposiciones y por fin un puesto en la Brigada. Se había levantado media hora antes de que sonara el despertador y cuando lo oyó ya había desayunado y se había afeitado a conciencia. Se duchó y se vistió con el traje nuevo. Debía ir impecable, pensaba. Su hermana pequeña, que se levantaba también para ir al instituto, le dijo que estaba muy guapo. Cuando ella salía de la ducha él ya estaba vestido frente al espejo del recibidor, observándose con su nueva gabardina. Había comprado esa gabardina cuando aún estaba en las prácticas de fin de carrera, pero no la había estrenado. Una gabardina de anchas solapas y amplios bolsillos, con un cinturón que se ataba a la cintura y cuyos extremos podían guardarse en los bolsillos cuando la llevaba desabrochada. Hoy era el día. Su hermana lo miró sonriendo y comentó que le quedaba muy bien, que las solapas hacían juego con sus orejas. No entendió por qué lo decía. Ni siquiera eran del mismo color.

El inspector jefe Ángel del Huso entró por la puerta sin verle y él se levantó como un resorte, dejando caer el bolígrafo con el que jugueteaba. Era su superior y debía causarle buena impresión. A veces caer mal el primer día puede marcar toda una carrera, le había dicho una vez un amigo de su padre, ya jubilado, que había pasado su vida fabricando tornillos. Del Huso lo miró como si hubiera visto una ecuación imposible de resolver. Después agitó la cabeza ligeramente. No supo por qué, pero aquel movimiento hizo que le recordara a un perro. Claro, venía a ocupar la plaza de auxiliar. Sonrió. Un joven formado en la universidad, una

de las primeras promociones de psicología criminal especializada en clones. Se acercó hasta él y le estrechó la mano fuertemente.

—Ya te puedes ir olvidando de todo lo que hayas aprendido en clase, muchacho. Ahora es cuando realmente vas a empezar a aprender. —Y rio ruidosamente.

Era bastante mayor. A simple vista, y aunque no era bueno calculando edades, estimó que debía de superar ya los sesenta. No era un hombre gordo, sino que tenía un cuerpo bastante grande, muy ancho de hombros, y muy robusto. Sin duda de joven había cultivado su físico y ahora mantenía el armazón de esa complexión, aunque ya se dibujara la barriga y se notara cierta indolencia en sus músculos. Su cara era redonda y algo rojiza, con esas manchas en la piel que su padre también había tenido y bolsas oscuras bajo los ojos. Tenía mucho pelo, un pelo alborotado y gris. Los ojos eran pequeños pero vivos y brillaban como contagiados de esa risa ruidosa y exagerada que acababa de oírle.

Aquí lo tenía, iba a ser su superior, alguien que llevaba trabajando con los clones desde el principio. Alguien experto de verdad y con el que iba a trabajar mano a mano y del que iba a aprenderlo todo. Le cayó bien. No parecía estricto, de los que mantienen las distancias y, sobre todo, la sonrisa no parecía querer borrarse nunca de su cara. Pensó que este hombre confiaría en él; no lo tendría haciendo trabajo burocrático. No sabía por qué, pero la primera impresión era buena. Parecía un mastín juguetón y cariñoso, pero seguro que también dispuesto a enfrentarse él solo a todos los lobos de la manada si hacía falta.

—Creo que debe facilitarme las credenciales para acceder al servidor de la Brigada.

—¿Credenciales? ¿Servidor? —dijo como si le estuviera hablando de personajes de un mundo de fantasía—. ¿Te crees que nos vamos a pasar el día mirando una pantalla de ordenador? ¿Has visto alguna vez un clon?

—La verdad es que... Bueno, he visto muchos vídeos... Y una vez tuvimos uno en el anfiteatro de Medicina, aunque apenas pude ver nada desde tan arriba...

—Lo que te digo, todo teoría. Está muy bien, seguro que lo sabes todo sobre clones, pero no has visto nunca uno y no sabrías distinguirlo de un buñuelo. Bueno, pues has tenido suerte, ahora mismo vamos a ver uno. Coge tus cosas.

No sabía a qué cosas se refería. ¿Debía coger la libreta o se trataba de la gabardina? Esperó a ver qué hacía él. Observó que había dejado su abrigo en el perchero y entraba en su despacho. Lo oyó trastear en los cajones de su mesa, pero volvió a salir con las manos vacías. Así que...

—¿Ya estás? —le preguntó.

—Sí —dijo, mientras cogía apresuradamente la libreta y el bolígrafo caído en el suelo.

El inspector le cedió el paso amablemente en la puerta y cerró al salir. Él esperó porque no sabía a dónde se dirigían. El inspector le señaló el pasillo donde estaba el ascensor y se encaminó hacia allí sintiendo una respiración cansada a su espalda.

Hacían una pareja curiosa. Bruno, alto y bastante delgado, con la cara tan fina que sus orejas destacaban en exceso

y, a pesar de su juventud, una frente ancha que evidenciaba una herencia genética proclive a perder pelo. Por su parte, el inspector, apenas unos centímetros más bajo, lo doblaba en anchura y su rostro rojizo y amplio contrastaba con el rostro casi cadavérico de Bruno, más acentuado ahora que los nervios lo hacían parecer asustado.

—Bueno, chico, ya sé que has estudiado mucho. Supongo que has sacado muy buenas notas, o no estarías aquí, así que cuéntame, qué sabes de los clones.

—Bueno, yo... Sí, he estudiado mucho... Bueno, en la universidad... —Quiso hacerle un guiño de complicidad—: no nos enseñan la práctica, la verdad, pero sí que creo que sé todo lo que hay que saber sobre ellos... en la teoría —matizó, al ver la mirada burlona del inspector—. Pero, claro, sé que aquí es donde realmente voy a empezar a aprender...

—Muy bien, chico. —Rio mientras apretaba el botón del ascensor—. Me has recordado una frase de una película antigua —dijo soltando otra pequeña carcajada—. Pero ¿qué es lo que sabes sobre los clones?

—Bueno, sé que no viven más de veinticuatro horas y que durante ese tiempo podemos preguntarles cuánto queramos porque nunca mienten...

—Muy bien, muchacho, pero no te equivoques; los clones no viven. Son solo un espejismo, un reflejo. No te encariñes con ellos, son solo la carcasa para un disco duro.

—Bueno. —Se atoró—. Es una forma de hablar.

—¿Y sabes por qué no mienten?

—Bueno, no tienen motivos para hacerlo. En el fondo solo son una interfaz para acceder a los datos, sin que haya en ellos emociones ni sentimientos.

—Eso es, muchacho, fríos como el hielo, y nunca mejor dicho, porque ya sabes a la temperatura que hay que tenerlos. Pero no te creas que basta con preguntarles si han matado al fulano o no, precisamente porque carecen de las emociones del original no siempre es fácil llevarlos a esos momentos, tan revueltos con sentimientos como la ginebra y la tónica de un gin-tonic.

Bruno sabía todo eso, claro. Se había pasado los últimos seis años estudiándolo. Aunque lo aprendido en los primeros años se había ido quedando obsoleto por los nuevos avances, creía que había actualizado bastante sus conocimientos durante las oposiciones para el puesto en la Brigada, aunque le faltaba la práctica, que era lo que sobraba al inspector.

Pararon en la segunda planta. El aspecto era totalmente distinto al de la novena. El pasillo al que salieron tenía un ambiente aséptico que le recordó el hospital donde el año anterior había pasado tanto tiempo antes de que su padre finalmente falleciera. Sintió entonces lo que dolía que su padre no lo hubiera visto hoy. Notó humedecerse los ojos, pero por suerte el inspector saludaba a alguien en ese momento.

—¿Es aquí donde están?

—Sí, a esta planta la llamamos la policlínica; verás más batas blancas que uniformes. Aquí los generan y nos los dejan preparaditos para que lleguemos nosotros y les saque-

mos hasta el primer plato que rompieron. Pero el de hoy es un caso fácil, no creo que nos lleve mucho. Es una mujer que se ha cargado a su marido, un rico empresario, porque se tiraba a su secretaria. La vieja historia de siempre.

Cubierto con la manta térmica parecía ocupar menos espacio del que le había correspondido en vida, como un insecto que una vez muerto pierde la envergadura de sus largas patas que lo hacían más imponente. Dicen que los cadáveres encogen, aunque seguramente no en tan poco tiempo.

Los que andaban por la acera de enfrente ya ni siquiera se daban cuenta de que había sucedido algo y solo algún curioso se preguntaba el porqué de tantos coches de policía. El furgón del Instituto Forense daba pistas a los más avisados, que, sin embargo, no podían localizar desde allí el cadáver tendido en el suelo. El juez se retrasaba y poco había que hacer allí más que esperar. Los inspectores ya habían localizado a algunos testigos, pero realmente solo habían visto el punto final de aquel viaje. Como mucho, algunos decían haberlo visto caer ya a media altura del edificio, agitando piernas y brazos, aunque los policías sabían que seguramente no era así, que el cerebro suele jugar esas malas pasadas y reconstruye inconscientemente las causas para los efectos. Lo importante es que ya se sabía quién era el muerto, y eso complicaba algo las cosas, porque no se trataba de un don nadie, sino de un gerifalte de la misma clínica cuyo edificio se mantenía indiferente y altivo ante su cuerpo sin vida.

Por un lado, los curiosos en pequeños corrillos alejados del cadáver y, por otro, los propios agentes que vigilaban el cuerpo especulaban sobre lo sucedido. Diez o quince años atrás estaría claro que se trataba de un suicidio, aunque siempre cabía la posibilidad de que lo hubieran empujado, y había que investigarlo, por supuesto, pero ¿ahora? Los policías parecían tenerlo claro. Desde que la eutanasia se había legalizado, indirectamente se había facilitado también el suicidio sin necesidad de tanto espectáculo. Aunque los millonarios seguían prefiriendo las originales en Suiza, no eran raras ya las clínicas especializadas en muerte digna en España. Y a los pobres, apuntaba un agente, siempre nos queda pedir una receta para irnos de este mundo sin dolor y en un viaje placentero. El suicidio brutal, violento parecía desterrado, al menos en este primer mundo que cada vez lo es menos.

Los trabajadores de la clínica que fumaban en la puerta pensaban que si el doctor —mayor, pero no un anciano— hubiera querido quitarse de en medio habría preferido una lujosa clínica, donde elegiría su último viaje y se iría lentamente, sin dolor y con una sonrisa en los labios. Una sonrisa o una erección, apuntaba el más joven de los celadores, porque, según había leído, la mayoría de los hombres tienen como fantasía final hacérselo con una rubia despampanante. En eso no había cambiado mucho la cosa, los ahorcados del siglo pasado también morían con una erección. Y esas risas no desentonaban a pocos metros del cadáver ahora que a la luz del día la calle recobraba su normalidad.

No, el suicidio no parecía muy probable. Arrojarse desde tal altura, teniendo además los medios y el conocimiento

para provocarse una muerte menos traumática en la misma clínica, no parecía muy lógico. Quedaba, claro, la posibilidad de un impulso, una psicosis, un pánico insoportable que lo hubiera obligado a saltar. Pero ¿qué habría podido asustarle hasta ese extremo? Había que investigarlo todo, por supuesto, nunca se sabe. Y lo primero era hablar con el personal de la clínica y también averiguar quién iba a alegrarse de que estuviera muerto. Por su parte, la autopsia diría si en su cuerpo había alguna sustancia que explicara un salto al vacío sin red. Quizá al doctor se le había ido la mano con alguna droga de la que no esperaba precisamente que lo llevara directamente al suelo, sino justo en sentido contrario.

Entraron en una sala en la que solo había una mesa, dos sillas y un ligero olor a humedad. Frente a ellos, una pared enteramente de cristal dividía la habitación en dos, simulando que la mesa se extendía hasta el otro lado, donde tampoco había nada más que otra silla. Esa otra mitad gemela de la habitación tenía aspecto de quirófano, muy iluminada y blanquíssima, mientras que en la primera mitad no parecía haber ninguna lámpara y se iluminaba con la claridad que llegaba a través del cristal, tan limpio que solo acercándose a él podía comprobarse que realmente ambas partes estaban herméticamente separadas.

—Siéntate —le dijo, señalándole una de las sillas—. Esta mujer ha matado a su marido. Es un caso fácil, no hay

muchas complicaciones en realidad, ni siquiera sé por qué han gastado dinero en el clon. Supongo que porque el tipo es un pez gordo. Su secretaria y amante lo encontró atado a la cama, completamente desnudo, con una bolsa de plástico en la cabeza ajustada con cinta americana alrededor del cuello. Lo de encontrarlo desnudo no debió de sorprenderla mucho, sabiendo a lo que venía, pero el resto del atrezo parece que sí, porque pegó tales gritos que soliviantó a medio hotel y en seguida la habitación se llenó de policías. Ya sabes que somos como las moscas, allí donde hay mierda vamos todos porque en realidad nos aburrimos mortalmente. Todo apunta a su señora. El hombre no tenía deudas, no se le conocen enemigos....

—¿Y la amante?

—¿La amante? —El inspector, que permanecía de pie apoyado en el respaldo de la silla vacía, lo miró como si él fuera el sospechoso—. Sí, pudo haber sido, pero estaba a varios kilómetros cuando murió, según la estimación del forense. Habían quedado en la habitación del hotel y ella estaba todavía en un tren a la altura de Albacete a la hora que se supone que el tipo dejó de respirar. Está comprobado. Hay lecturas inalámbricas de su documentación en tramos aleatorios del viaje que a esa hora la sitúan en el tren, y además aparece en las cámaras de seguridad de la estación ya en Madrid, poco después.

—¿No pudo alguien viajar con su documentación? Ella llegaría a la estación después de matarlo, justo a la misma hora prevista de llegada del tren. Y, si era su secretaria, ¿no era más fácil que viajaran juntos?

—Sí, pero no lo habían hecho porque él venía directamente de una reunión en Estocolmo. En teoría él tenía que volver a Valencia, pero le diría a su mujer que la cosa se alargó un par de días o que había algún problema con los vuelos y tenía que pasar noche en Madrid. Y en realidad su idea era aprovechar para pasar un par de días en la ciudad con su amante. Ya sabes. —Le guiñó un ojo—. Visitar el Museo del Prado, ir a la ópera y esas cosas.

—Qué raro, porque matarlo en Madrid tendría sentido para poder echarle la culpa a la amante y así matar dos pájaros de un tiro, pero si a la amante aún le faltaban horas para llegar...

—Más bien para excusar a la mujer, que así también tenía coartada, porque ella estaba en Valencia cuando fueron a darle la noticia. Seguramente conduciría sin parar. Pegándole fuerte, en un par de horas le dio tiempo suficiente a volver. Pudo alquilar un coche con nombre falso, dejarlo algo lejos del hotel para no dejar pistas y acercarse caminando. Cuando el marido abrió la puerta pensando que su amante se había adelantado se llevó la sorpresa de su vida. Y se podía haber muerto de un infarto y no tendríamos caso..., pero se ve que resistió. Diría eso de qué sorpresa, cariño... Y ella le diría que lo echaba de menos, había averiguado en qué hotel estaba en Madrid y tenía ganas de marcha y que a ver si probaban el jueguito ese de la bolsa, que había leído que era muy excitante... Y él, claro, en esas circunstancias, no le iba a decir que no le apetecía un buen polvo con su mujercita...

—¿Y el personal del hotel? ¿Nadie la vio? ¿Y las cámaras de seguridad?

—Pues parece que no, quizá la mujer conocía bien el hotel y sabía cómo esquivar las cámaras y al personal, quizá iba disfrazada... El caso es que no tenemos pruebas concluyentes, de ahí que se haya optado por la clonación. Habiendo dinero por medio es lo mejor y lo más rápido, y si no, nosotros no tendríamos trabajo, muchacho, así que no te quejes.

Este iba a ser su primer caso en la Brigada y Bruno quería impresionar a su jefe, encontrar los cabos sueltos de ese crimen que, de hecho, le resultaba muy raro. Le recordaba los casos rebuscados de los exámenes de la facultad, pero el inspector parecía tenerlo muy claro y tomarlo a penas como un trámite sin importancia, lo que contrastaba con el nerviosismo que sentía él.

En ese momento se abrió una puerta en un lateral de la mitad gemela de la sala. Entraron dos hombres acompañando a una mujer vestida con un ligero albornoz blanco. Los hombres, en cambio, vestían batas blancas que en realidad eran trajes térmicos camuflados, ya que en esa parte de la sala la temperatura estaba varios grados bajo cero.

Andrea llegó al despacho tarde, como siempre, cuando ya la comisaría bullía en plena actividad. Una de las ventajas de ser inspectora es que nadie controlaba su horario y, aunque siempre se proponía llegar pronto, rara vez lo conseguía. Ya tenía sobre la mesa un nuevo caso, una carpeta con un póstum con un escueto «Buenos días». Rodríguez sabía que prefería aclimatarse despacio al nuevo día antes de que fuera a

molestarla. El informe no era gran cosa, solo una copia del atestado que los inspectores habían redactado rápidamente tras el levantamiento del cadáver, junto con fotos de la escena, la ficha de la víctima y otros papeles administrativos. Andrea observó al muerto, tanto cuando era un cadáver sobre el asfalto como cuando estaba vivito y coleando. No notó gran diferencia. Los ojos pequeños y muertos en la foto de carné del difunto solo se distinguían de los del cadáver por la sangre. No le cayó simpático. Lo cual tampoco era nada raro; no solía caerle bien mucha gente.

El difunto había cumplido ya los sesenta y siete. La clínica era una de las muchas que la empresa tenía por todo el mundo. Era consejero delegado de la compañía y hacía pocos meses que se había instalado en España, dispuesto quizás a pasar sus últimos años en un clima más agradable, después de muchos años en Estados Unidos. Una pena que no hubiera podido disfrutar de su jubilación tumbado en la playa con un combinado en una mano y una rubia en la otra. Pero así es la vida, seas rico o un miserable que rebusca en las basuras, siempre te alcanza la muerte. Aunque, eso sí, los ricos normalmente corren más deprisa que los pobres.

Parecía un suicidio a la vieja usanza, aunque infrecuente en los últimos tiempos. Un caso más bien aburrido, pero que había que investigar. Es decir, llenar una pila de folios antes de que pasara a engrosar el archivo. ¿Por dónde empezar? Por supuesto empleados, socios, incluso clientes que no hubieran quedado muy conformes, aunque era difícil que una pareja cuyo hijo no fuera como esperaba decidiera matar a un mandamás. Siempre hay algún mindundi

entre medias al que poder odiar antes. Pero habría que revisarlo todo, claro. Y los familiares, por supuesto, porque seguramente alguien iba a heredar un montón de dinero. El tipo además parecía ser un solterón, sin hijos. Habría que averiguar si tenía una amante, o un amante, seguramente muchos años más joven y con ganas de vivir la vida. Qué aburrimiento.

Andrea siguió ojeando los papeles del caso sin demasiado interés. No le gustaban nada los lunes. Solía costarle varios cafés recordar el mundo en el que vivía, un mundo gris y lleno de gentuza que además tenía la fea costumbre de matarse entre ellos para que a ella le tocara remover la mierda desde primera hora de la mañana.

Se levantó y fue hasta el perchero para rebuscar en su chaqueta de cuero. Necesitaba otro café, aunque fuera de la máquina. En el pasillo se cruzó con Rodríguez, al que saludó con un intento de sonrisa a la que él contestó con un «buenos días, jefa» envuelto en una sonrisa auténtica, aunque algo burlona.

Parada frente a la máquina del café, estaba segura de que, tras la cristalera que separaba la oficina del pasillo del ascensor, alguno la estaría mirando. Y no dudaba qué estaría mirando exactamente. Vestida siempre con vaqueros que llena lo suficiente, está demasiado acostumbrada a que los hombres se vuelvan a mirarla a su paso, no siempre discretamente. A menudo se preguntaba qué clase de sexto sentido tenían para saber que merecía la pena lo que iban a encontrar al otro lado. Quizá servía de indicio su cuerpo atlético y su metro ochenta de estatura. Las pruebas físicas de acceso

a la policía no solo las superó sin demasiadas dificultades, sino que su puntuación estuvo por encima de la de muchos hombres. Ser atractiva hubiera sido un problema para cualquier otra mujer en la policía, pero Andrea tenía además la dosis proporcional de mala leche. Al poco de entrar al cuerpo, un mando le propuso ser la portavoz de la policía con los medios de comunicación. Fue su primer expediente, porque lo mandó literalmente a tomar por el culo, y, aunque no llegó tan lejos, ahora ocupa un puesto importante en el Ministerio de Seguridad, seguramente por su visión para conocer a las personas.

Pero de eso ya habían pasado más de diez años. Ahora ya no hacía falta andar mandando a tomar por culo a todo el mundo. Todo el que tenía que mantenerse alejado de ella ya lo había sabido de sus labios hacía tiempo o, si era algo más listo, lo había leído antes en su mirada de grandes ojos negros y en su expresión de pocos amigos que rara vez se relajaba, ni siquiera entre policías, o precisamente aun menos entre ellos.

Mientras esperaba que la máquina soltara su mala leche sobre el vaso, cruzaba los dedos para que no apareciera alguien con ganas de hablar, porque todavía no se sentía capaz de intercambiar una palabra con nadie. Por suerte, la máquina silbó antes de que a nadie le apeteciera un café. Lo arrancó de la máquina y quemándose los dedos volvió soplando hasta el despacho.

Se sentó de nuevo a la mesa y sorbió el café a pesar de que aún ardía como si lo hubieran hecho en el corazón de un volcán. Siguió leyendo los papeles del expediente sabiendo

que en breve vendría Rodríguez a darle la información de primera mano. Después de tanto tiempo, la conocía bien y sabía que era mejor dejarle unos minutos para que se acodara de nuevo a la realidad de la semana.

En los papeles del seguro aparecía una mujer como beneficiaria y algo le hacía sospechar que también aparecería como heredera en el testamento, aunque eso tardaría en saberlo. Que cobrara el seguro era difícil porque, una de dos, o lo habían matado y entonces el seguro pondría todos los inconvenientes de su letra pequeña para pagar, o se había suicidado, con lo que el seguro tampoco lo cubriría. Así que estaba claro que si lo habían asesinado no era por el seguro, a no ser que se enfrentara a un asesino más estúpido de lo normal, pues por lo general no solían ser muy listos.

Habría que ver, pues, si también era beneficiaria del testamento, porque eso sí podía ser un buen motivo para que la amante se cargara al viejo, harta de aguantarlo... Pero, no, no parece que fuera su amante. El segundo apellido de la mujer coincidía con el primero del difunto. No eran apellidos comunes, así que debían de unirlos lazos de parentesco. Bueno, pues ahí tenemos el primer hilo del que tirar. Dio un último trago al café. Alguien debía darle la... mala noticia. Pero, bueno, si no se había mudado desde que se contrató el seguro, tampoco lo iba a hacer en las próximas horas. Y para terminar de despertarse poco a poco amagó con intentar ordenar los montones de papeles que amenazaban desbordar su mesa.

Los dos auxiliares ayudaban a la mujer a sentarse en la silla. A Bruno le extrañó que se moviera con excesiva dificultad, como una anciana. En los vídeos que había visto siempre necesitaban ayuda; al fin y al cabo, no eran cuerpos autónomos y, si no fuera por la conexión con el volcado, ni siquiera podrían mantener la cabeza erguida, pero le sorprendió que la mujer se apoyara ostensiblemente en los dos hombres para llegar a la butaca.

Le resultó una mujer atractiva. Segundo había mencionado el inspector, tenía cerca de cuarenta años, pero Bruno no hubiera pensado que tuviera muchos más que él, que acaba de cumplir veinticinco. Era difícil acertar con la edad a simple vista porque los cuerpos clonados mantenían cierto brillo de juventud. A pesar de la distancia y del cristal, a Bruno le pareció que tenía unos rasgos suaves y una piel muy fina en la que se percibía incluso el tono azul de las venas.

Era la primera vez que veía un clon y Bruno buscaba en lo que tenía frente a sus ojos la confirmación de toda la teoría aprendida. Le costaba pensar que no era una mujer real, sino un cuerpo que apenas tenía unas horas, aunque aparentara la edad del original al haberse acelerado su crecimiento para evitar divergencias con su propia imagen almacenada en su memoria.

Había aprendido lo importante que era que se reconocieran, que no hubiera ningún desfase entre el cuerpo que veían y la imagen de ellos mismos que de alguna forma tenían en sus cabezas, aunque sus cabezas no fueran más que una acumulación de datos extraídos del original y almacenados en un ordenador. A pesar de que no había espejos

en ningún momento que permitieran a los clones ver su reflejo, Bruno había leído casos en que algunas diferencias físicas originaban alucinaciones y psicosis que derivaban en violencia y obligaban a reducir a los clones y retirarlos. No se sabía muy bien qué sucedía en esos casos, pero también una persona que una mañana notara que su cuerpo no era el mismo con el que se acostó la noche anterior padecía episodios similares. Una de sus asignaturas preferidas había sido la dedicada a la propiocepción. Eran unas clases que le gustaban especialmente, sobre todo que la profesora empezara siempre con un ejercicio de relajación.

Los auxiliares salieron después de sentar a la mujer en la silla. Era una silla acolchada y reclinable. La mujer podía pasar ahí las próximas veinticuatro horas. Sus primeras y últimas veinticuatro horas. No necesitaba alimentarse en ese tiempo —de hecho, su aparato digestivo no funcionaba correctamente y sería incapaz de digerir ningún alimento—, aunque algunos lo pedían, más porque recordaban que había que comer que por tener realmente ganas de hacerlo. Lo que necesitaban a veces era dormir, o al menos cerrar los ojos y descansar. Era difícil saber qué pasaría entonces por sus cabezas, si es que algo pasaba realmente en esos instantes o se quedaban completamente en blanco. Bruno a veces imaginaba que soñarían con mundos paralelos, con todas aquellas posibilidades de su vida que fueron descartando y cuyos caminos se cerraron aparentemente entonces, pero que quedaban abiertos en una red de mundos infinitos. Soñaban quizá con una multitud de clones que vivían las vidas que ellos no vivieron. A Bruno le gustaba plantearse esas

cuestiones, aunque casi siempre llegaba a un callejón sin salida. Si su mente hubiera sido más científica quizá ahora estaría trabajando en el proceso de clonación en vez de interrogando a los clones para descubrir los crímenes de sus originales. Pero lo importante es que tenía por primera vez ante él a un auténtico clon. Lo que había soñado durante tantos años acababa de hacerse realidad.

La mujer se acomodaba en la butaca. Una de las pruebas de que todo iba bien es que solían ser sumisos y obedecer a las indicaciones sin oponer resistencia, ni cuestionarse nada, aunque era evidente que la mujer parecía desubicada, sin entender muy bien qué hacía allí.

—Señora Barceleta, soy el inspector jefe Ángel del Huso. Soy el responsable de la investigación por la muerte de don José María del Pou. Sabe que ha muerto, ¿verdad?

—Sí, agente —respondió la mujer.

Bruno creyó percibir una extraña expresión en su rostro al pronunciar esa frase, con hincapié en la palabra «agente». Había estudiado investigaciones que mostraban que los clones, aunque no podían sentir las emociones, mostraban emociones simplemente porque sabían que debían expresarlas ante ciertas situaciones: miedo, respeto, alegría. No es que fingieran, sino que su cerebro transmitía expresiones aprendidas ante determinados estímulos. De hecho, varios estudios realizados con clones intentaban comprobar si la mayoría de las emociones humanas eran meros condicionamientos aprendidos. Precisamente porque los clones no mentían, podían demostrar que muchas emociones humanas eran en realidad falsas.

Del Huso se dirigió a Bruno, pulsando previamente bajo la mesa el interruptor que apagaba el micrófono que transmitía el sonido al otro lado del cristal, aunque este no fuera percibido por el clon, pues tendría que tumbarse sobre la mesa para poder extender la mano y comprobar que había un cristal que lo separaba de los policías.

—Bueno, chico, ahora vas a aprender de verdad. Empezaremos por las preguntas de control. —Volvió a encender el interruptor y se dirigió de nuevo a la mujer—: ¿Es usted la señora Eliza María de Barceleta?

—Sí, señor. Yo soy.

—¿Sabe usted quién mató a Donald Trump? —Bruno lo miró sin comprender y con un matiz de indignación en su gesto de sorpresa. Del Huso no se molestó en apagar el interruptor y, mirándole irónicamente, le dijo—: Bueno, chico, nunca se sabe cuándo va a saltar la liebre por casualidad. —Y soltó una enorme carcajada.

—No, agente, ni creo que nunca se sepa en realidad.

Del Huso parecía divertirse. Bruno lo descubría sonriendo a menudo y le extrañó que se tomara con tanta ligereza algo que para él era todo un acontecimiento. ¡El interrogatorio de un clon! Claro que, aunque no conocía al inspector más que desde hacía unos minutos, ya se había dado cuenta de su carácter burlón y proclive a bromas. Además, el inspector llevaba ya años con los clones y era su día a día. Era uno de los policías que había iniciado los interrogatorios con clones en España. Ya encontraría la manera de decirle que precisamente había estudiado con uno de los manuales que él había escrito.

—¿Ha cometido usted algún delito antes de 2022?

—Sí, señor.

—¿Puede enumerarlos, por favor?

—Cuando tenía diecisiete años robé un vestido carísimo en unos grandes almacenes. Un año después unos amigos y yo le dimos una paliza a un mendigo que dormía en un cajero. Fuimos a sacar dinero cuando estábamos de marcha y nos lo encontramos allí. Olía a vino y mierda y nos liamos a patadas con él. No sé si lo matamos. Habíamos bebido mucho. El TFG de la carrera me lo hizo un chico que con lo que me cobraba a mí y a otros compañeros se pagaba la matrícula. Cuando tenía veintinueve hicimos una reforma en casa y pagamos todo en negro, y durante los últimos diez años he tenido a mi nombre negocios de mi marido de los que no sé nada en realidad, y las declaraciones de Hacienda siempre nos salen a devolver. No sé cómo, pero entiendo que no lo estamos haciendo legalmente.

—Es suficiente, señora Barceleta. Solo antes de 2022, ¿recuerda? ¿Alguna otra cosita?

—Sí, una vez mi marido me pidió que dijera que un empleado suyo me había tocado el culo en el ascensor de la oficina para poder despedirlo por acoso sexual y no darle ninguna indemnización. El pobre llevaba doce años trabajando con mi marido, desde el principio. Incluso creo que la idea del negocio fue suya...

Del Huso apagó el interruptor y se dirigió a Bruno mientras la mujer seguía hablando.

—La mayoría de los que pasan por aquí no son unos santos, todos tienen una larga lista de delitos o por lo menos de

actos moralmente reprobables. Vamos, que son todos una panda de cabrones, pero lo sueltan todo tranquilamente como si te estuvieran hablando de sus triunfos en el pádel. Supongo que sabes por qué preguntamos por delitos anteriores a 2022.

—Sí —respondió Bruno, encantado de poder demostrar también que estaba al tanto de toda la teoría, aunque esta fuera la primera vez que iba a practicarla y aún le temblaran un poco las manos—, porque diez años es el período en el que prescriben muchos delitos. Si confesaran un delito no prescrito distinto del que investigamos, no podríamos acusarlos de él, pero nuestra obligación legal sería iniciar una nueva investigación. Y para ese delito no podría volver a utilizarse un clon, habría que conseguir pruebas tradicionales.

—Y eso sería un auténtico coñazo. Muy bien, chaval, veo que te has empollado bien los manuales. —Volvió a encender el interruptor y se dirigió de nuevo a la mujer—: Está bien, está bien. Vayamos a lo verdaderamente importante. ¿Le importaría enseñarme los pechos?

Bruno lo miró esta vez con bastante sorpresa. Eso sí que no estaba en el manual. Del Huso le lanzó una mirada divertida y pícara y le guiño un ojo. Sin cerrar el interruptor, le dijo:

—Es también una pregunta de control, es importante saber hasta qué punto dicen la verdad y están desinhibidos.

Bruno creyó que la respuesta tardaba en llegar, pero el clon no podía dudar.

—No —contestó la mujer.

—Pues hágalo —le indicó Del Huso a la vez que abría los brazos exageradamente. A Bruno le dio la sensación de que titubeaba, pero debía de ser la torpeza de movimiento del clon, porque la mujer sujetó lentamente las solapas de la especie de albornoz que vestía y lo abrió con ambas manos descubriendo sus pechos desnudos. Bruno los miró sorprendido, pero a la misma vez no pudo evitar sentirse excitado. Eran unos pechos pequeños, pero bien formados, como lágrimas a punto de derramarse, que se quedaron atrapados en la mente de Bruno como en una tela de araña.

—Está bien. Muy bonitas —dijo Del Huso—. Cúbrase.

Esta vez fue Bruno quien apagó el interruptor.

—Pero... —No sabía bien si estaba indignado o simplemente nervioso—. Todo esto se está grabando, nos pueden expedientar por esto...

—Vamos, muchacho, te dije que aquí ibas a empezar a aprender la práctica y no tanta teoría. ¿De verdad te crees que alguien se traga las veinticuatro horas de grabación? El juez ni siquiera se lee nuestro informe, como mucho alguno se ve el resumen del video de pocos minutos que les preparamos. A la mayoría esto de los clones no les gusta una mierda porque les da poco margen para prevaricar. Si el clon dice que lo ha matado no hay mucho que hacer y tiene que mandarlo a pudrirse a la puta cárcel por muy millonario que sea o muchos amigos que tenga.

—Pero... —Bruno se interrumpió porque la imagen de los pechos de la mujer volvía a repetirse en su cabeza—. ¿Conoce el caso de Dolly de Lois en Estados Unidos?

—Pues, chico, la verdad es que no, yo de lo que hacen los yanquis prefiero saber lo menos posible...

—Era... Bueno, es una cantante de trap. Hace un par de años se cargó a su marido, un jugador de baloncesto que por lo visto se acostaba hasta con las taquilleras del estadio.

—Bruno repetía la expresión que había leído y que en su voz sonaba ridícula—. El caso es que ella se lo cargó mientras dormía. ¡Con un bate de béisbol!...

—Los americanos siempre a lo grande —lo interrumpió divertido Del Huso.

.... Por supuesto el caso levantó expectación y para resolverlo lo antes posible generaron un clon y se comprobó que había sido ella, aunque juraba que habían entrado ladrones en casa por la noche. Pero a los pocos días aparecieron unas fotos en una publicación sensacionalista inglesa. Era De Lois completamente desnuda. No era ella, claro, era el clon. Pero evidentemente las habían hecho durante el proceso. Dolly denunció al departamento de policía, a la fiscalía y a todo el que hubiera tenido algo que ver. Creo que tuvieron que pagarle varios millones por aquello.

—Pero sigue en la cárcel, ¿no?

—Sí, pero varios funcionarios fueron suspendidos y enjuiciados por aquello.

—Los americanos siempre tan puritanos, tampoco pasa nada porque se impriman un par de tetas en papel cuché.

—Bueno, en realidad, la demanda no fue por eso. Los demandó porque el cuerpo del clon no era exactamente igual que el suyo... El clon tenía los pechos muy peque-

ños... Y, bueno... Dolly es famosa por su... imponente delantera...

Del Huso lanzó una carcajada.

—Se descubrió el pastel, vaya, vaya. Sí, el cuerpo de los clones tampoco miente. El crecimiento forzado puede diferir en algo del original, aunque normalmente no en gran cosa. Pero evidentemente las operaciones que el original se haya hecho a lo largo de su vida no hay forma de replicarlas biológicamente en el clon, y hay que repetirlas después, antes de iniciar el interrogatorio. Supongo que las fotos las harían justo antes de inflarle las tetas al clon.... Bueno, aquí también hemos tenido casos de esos, ya te contaré alguno, si te lo vas ganando. —Y volvió a reír.

La mujer seguía en la sala, mirándolos a través del cristal. Bruno pensó que debía de darse cuenta de que estaban hablando y ella no los oía, pues el inspector no fingía susurrar. Le pareció que su cara había adquirido un color encarnado, como si se hubiera sonrojado. Pero eso sí que no podía ser de ninguna forma. El clon no podía liberar adrenalina que le provocara rubor ni tampoco podía deberse al calor, pues precisamente la sala se mantenía constantemente a temperatura muy baja. Así que debía de ser imaginación suya. Quizá era él el que estaba sonrojado y se tocó la cara disimuladamente para comprobar que efectivamente le ardía.

—Bueno, chico, este caso es muy fácil. Ya ves que está totalmente desinhibido —rio—. Podemos preguntarle ya si mató a ese cabrón y nos vamos a desayunar, pero como te veo con ganas de practicar te voy a dejar que le hagas unas cuantas preguntas antes, a ver qué sabes hacer. Y también

por llenar un poco la grabación, no vaya a ser que al final al cabrón del juez también le apetezca verle un poco las tetas.

A Bruno se le agolpó de pronto toda la teoría en la boca del estómago y no supo qué hacer. Encendió el interruptor lentamente para ganar tiempo y carraspeando un poco como si fuera a dirigirse a una gran multitud se dispuso a realizar su primera pregunta a un clon.

—Jefa, ¿ya estás despierta para que te ponga al día de los casos nuevos? —Rodríguez asomaba su cabeza rasurada por la puerta abierta del despacho.

—Sí, anda, pasa y cuéntame.

Rodríguez se colocó delante de la mesa sin tomar asiento y Andrea levantó los ojos para mirar su metro ochenta. Aunque no lo había conocido en los tiempos en que vestía uniforme, intuía que lo llevaría con la misma elegancia con la que ahora llevaba traje y corbata.

—Bueno, pues el muerto ya has visto que es un pez gordo de la clínica Renacer. Parece que es uno de los fundadores de la compañía en Estados Unidos, donde vivía desde hace años, pero justo en febrero había vuelto a España y estaba más vinculado a la clínica de Madrid desde la que... se cayó. A Velasco y González les ha tocado esta mañana el aviso y han estado allí en el levantamiento del cadáver e interrogando al personal. Al tipo no se le conocen aficiones extrañas. Su secretaria comenta que era muy educado y correcto, ya sabes, eso de que siempre saludaba. Pasaba

prácticamente todo el tiempo en la clínica. De hecho, vivía allí literalmente y solo un par de noches a la semana iba al teatro o a la ópera, a exposiciones y a cenar, y siempre con chicas de compañía. Pero chicas literalmente de compañía. He llamado a la agencia y nada de sexo. El tipo solo pedía el servicio de acompañamiento, chicas cultas con las que mantener una conversación. El responsable de la agencia me ha dicho que para él que al tipo le daba igual que fueran guapas o feas, aunque todas sus chicas son guapísimas, me ha insistido. Creo que no debe de saber cuál es el sueldo de un subinspector. El caso es que no pedía ningún tipo especial, ni morenas, ni rubias, ni pechos grandes o pequeños. No era sexo lo que buscaba, sino compañía y no aparecer solo por los saraos porque eso por lo visto queda fatal al nivel social en el que se mueve esta gente. Nuestras chicas no son prostitutas, me ha dicho literalmente. —Rodríguez leía sus notas de pie frente a la mesa de Andrea—. Lo cual no quita que a veces se acuesten con los clientes, pero es una decisión de la chica; nosotros vamos a pagarle lo mismo y tienen prohibido aceptar nada de los clientes.

—¿Y desde cuando nos creemos lo que dicen los chulos? Sería el primer chulo sincero de la historia de la humanidad.

—Bueno, no lo sé, pero por lo que he hablado con él, y por lo que cobran por chica, me parece que no necesita mentir en ese tema. Vamos, que le da igual. Por otra parte, el tipo por lo visto lo que sí hacía era leer mucho, su casa está llena de libros y no parecen meros adornos, según González. Y aficionado a la fotografía; todas las paredes están decoradas con fotos artísticas.

—Y todo eso te lo ha contado González de viva voz, porque en lo que me has pasado no pone una mierda.

—Me lo ha contado porque el informe no lo van a hacer, me temo, hasta mañana. Se iban a toda leche a un asesinato múltiple que tiene pinta de ajuste de cuentas entre bandas, y eso espero, porque si no se hacen cargo los de bandas lo mismo nos llega a nosotros también; así que habrá que ir espabilando con este, que el gran jefe ya me ha dicho que te diga que es un suicidio y te dejes de darle muchas vueltas como haces siempre.

—¿Y esas cosas por qué nunca me las dice a mí?

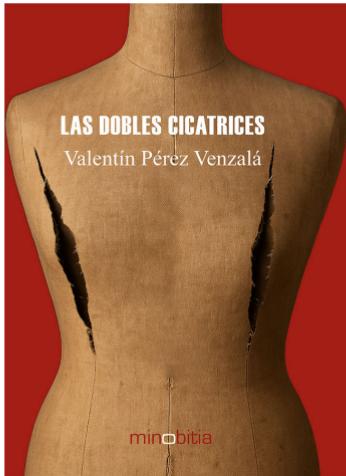
—Porque para eso estoy yo; soy tu parapeto... Bueno, y el suyo.

—Seguramente es un simple suicidio. No vamos a dárle muchas vueltas. El tío estaba harto de vivir, demasiada lectura sin encontrarle el sentido a la vida, y se tiró por la ventana. De todas formas, voy a ir a ver a la beneficiaria del seguro a ver si sabe algo más o se le ve en los ojos la culpabilidad.

—¿Voy contigo?

—Para qué, si más que nada es por despejarme. Tú quédate a ver si averigas algún trapo sucio del muerto que nos dé alguna pista de si estaba metido en temas turbios que lo llevaran a suicidarse o a que se lo quisieran cargar.

—Ok, me quedo guardando el fuerte, no vaya a ser que lo invadan los indios...



LAS DOBLES CICATRICES

Valentín Pérez Venzalá

Colección: Narrativas

Páginas: 300

Precio tapa blanda: 18 €

Publicación: 12/2025

ISBN: 978-84-123987-2-4

En un futuro muy cercano, en el que la natalidad ha disminuido drástica y peligrosamente en todo el mundo y España sale de una revolución que la ha llevado fuera de la Unión Europea, a proclamar la República y a volver a una peseta devaluada, Carlos Fortandánez, consejero delegado de la clínica Renacer, especializada en fecundación artificial, muere al caer desde la última planta de su sede en Madrid.

En las zonas económicas y comerciales de la ciudad, siempre pasan cosas, siempre puedes cruzarte con un famoso o descubrir un nuevo sitio estupendo, pero un cadáver sobre la acera no es precisamente lo más habitual a primera hora de la mañana, así que a la inspectora Andrea del Huso le tocará averiguar qué lo hizo saltar de una altura mortal y comprobar también que las cicatrices a veces encuentran su pareja.

minobitia

www.minobitia.es